

## Ficciones económicas en el golfo de Guinea: *Tres años en Fernando Póo* (1871) de José Muñoz y Gaviria, Vizconde de San Javier

*Este ensayo analiza las ideologías económicas que dieron forma a una de las primeras representaciones literarias sobre los Territorios Españoles del Golfo de Guinea, Tres años en Fernando Póo (1871) de José Muñoz y Gaviria. El artículo explora los modelos de colonización que presenta la obra, sosteniendo que la apuesta del autor por una economía de plantación condiciona la representación del paisaje y de las comunidades de africanos que se iban a reclutar como trabajadores asalariados. La producción textual española sobre esta región es un corpus poco estudiado, pero de gran valor para destacar el rol de la literatura en la creación de imaginarios culturales y ficciones económicas.*

Palabras clave: España, Guinea Ecuatorial, José Muñoz y Gaviria, literatura, economía, colonialismo

*This essay analyzes the economic ideologies that shaped one of the first literary representations of the Spanish Territories of the Gulf of Guinea, Tres años en Fernando Póo (1871) by José Muñoz y Gaviria. The article explores the models of colonization depicted to argue that the author's commitment to a plantation economy conditions the representation of the landscape and of the African communities that would be recruited as indentured workers. The Spanish literary production on this region is a corpus that has received limited attention but is of great value to highlight the role of literature in the creation of cultural imaginaries and economic fictions.*

Keywords: Spain, Equatorial Guinea, José Muñoz y Gaviria, literature, economy, colonialism

Una de las primeras descripciones de Fernando Poo (hoy Bioko) por el escritor José Muñoz y Gaviria, Vizconde de San Javier, evoca la clásica escena romántica del artista extasiado frente a la majestuosidad de la naturaleza:

“Ante su magnífico panorama queda el hombre confundido, considerando su pequeñez y admirando el sublime espectáculo de la naturaleza” (*Tres años* 159). Este tono romántico es, sin embargo, efímero, ya que, inmediatamente después de esta imagen, el autor pasaba a retratar de manera utilitaria, el potencial aprovechamiento de las playas para almacenes comerciales y de los arroyos para el aprovisionamiento de agua dulce. Además de exaltar las posibilidades agrícolas de la isla, Muñoz y Gaviria presentaba Fernando Poo como un idóneo puerto de exportación, recordando las inmensas posibilidades que los británicos ya habían visto a esta posesión española: “Excepto la bahía de Nápoles (dice el capitán inglés Kelli), no conozco ningún punto más propio para ser transformado en un perfecto edén, con la ayuda del arte y de la industria” (161). Como se desprende de esta afirmación, el paraíso al que aspiraba el escritor no consistía en una selva virgen y exuberante, sino más un bien un vergel domesticado por la intervención colonizadora.

En este ensayo examino cómo en *Tres años en Fernando Póo* (1871),<sup>2</sup> una de las primeras representaciones sobre los Territorios Españoles del Golfo de Guinea, la construcción del paisaje y de las comunidades autóctonas están mediadas por el proyecto económico del autor, en particular por su apuesta por un modelo colonial basado en la explotación agrícola frente al comercial. Frente a la numerosa bibliografía sobre la conciencia imperial en la literatura occidental o sobre la instrumentalización de dicha literatura como propaganda de política colonial, tradicionalmente se ha prestado menos atención a las ideologías e intereses económicos que subyacen o conforman la producción textual colonial. Mi trabajo se inspira en contribuciones recientes sobre la estrecha relación entre economía política y creación literaria en contextos postcoloniales, como las obras de Ericka Beckman sobre la literatura latinoamericana decimonónica o la de Christopher Taylor sobre la producción del Caribe anglófono. Estos estudios han demostrado que la política económica moldeó el pensamiento de muchos autores que usaron sus obras para reflexionar sobre el impacto de la modernidad capitalista en sus sociedades. Aún más, como argumenta Taylor, la literatura proporcionó a algunos escritores postcoloniales una forma de articular un pensamiento económico alternativo a la economía política: “West Indian literature ... emerged as a genre and epistemological alternative to political economy” (9). En este artículo abordo desde una perspectiva similar, no una producción postcolonial, sino una obra crucial del corpus colonial español sobre los Territorios Españoles del Golfo de Guinea.

Quiero destacar el valor de este corpus poco estudiado para visibilizar la historia de explotación económica de la colonia y subrayar la manera en la que la producción textual participó en la creación de un proyecto

colonizador en esta región. Obra híbrida entre la narrativa de viajes y el cuadro costumbrista, *Tres años en Fernando Póo* construía para el público español uno de los primeros imaginarios culturales sobre los Territorios Españoles del Golfo de Guinea, ofreciendo con ello, una ficción económica para los lectores metropolitanos. Al hablar de ficción económica, me baso en los trabajos de Marc Shell y Patrick Brantlinger sobre los paralelismos e interrelación entre la economía monetaria y la creación literaria: ambas son sistemas de representación, están basados en formas de crédito o ficción y a menudo recrean escenarios imaginados, especulativos e incluso utópicos. Estas correspondencias son especialmente pertinentes en el contexto colonial: la economía política adquiere una evidente dimensión especulativa al tratarse de escenarios coloniales relativamente desconocidos para el público metropolitano y sobre cuya explotación se barajan múltiples posibilidades. Al mismo tiempo, la producción literaria sobre las colonias está mediada por una serie de ideologías económicas que apuntalan el discurso de la misión colonial y que frecuentemente se ven reforzadas en la ficción literaria.

Como funcionario en una colonia cuya explotación estaba aún por definirse, Muñoz y Gaviria no solo participó en la importación de los cultivos que dominarían la vida económica y social de la colonia durante el siglo siguiente; también difundió en la metrópolis algunos de los primeros retratos de esta región, contribuyendo a crear algunos de los imaginarios culturales sobre la zona. Este ensayo estudia las ficciones económicas en *Tres años*, explorando cómo la representación literaria de la isla y sus habitantes estaría influida por la imaginación especulativa del autor sobre el capital de esta colonia y su proyección de cómo podría desenvolverse la vida económica de la región.

Hoy prácticamente olvidado, Muñoz y Gaviria (1831-1906) fue un prolífico escritor y periodista español que cultivó la novela histórica y colaboró en publicaciones como *El Fénix*, *El Semanario pintoresco* y *El Museo universal*. El autor alternó la actividad literaria con varios puestos como funcionario del Estado y entre 1861 y 1864, residió en la isla de Fernando Poo como administrador colonial.<sup>3</sup> De esta manera, el escritor sería testigo y artífice del desarrollo colonial de una isla que apenas poseía infraestructura española a su llegada. En este tiempo el conocimiento sobre esta región en España era prácticamente nulo, y así, tras su regreso a la península, Muñoz y Gaviria plasmaría sus experiencias en una narrativa por entregas, *Viaje al África Central y a la isla de Fernando Póo*, que aparecieron entre mayo y septiembre de 1864 en *El Museo universal*, la principal revista ilustrada de mediados del XIX. Antes de las entregas de Muñoz y Gaviria, ya se habían publicado otras obras sobre los Territorios Españoles del Golfo de Guinea tales como la *Memoria de la isla de Fernando Poo* (1848) de Jerónimo M.

Usera y Alarcón, el *Opúsculo* (1852) de Adolfo Guillemar de Aragón, los *Breves apuntes sobre la isla de Fernando Poo en el golfo de Guinea* (1859) de Miguel Martínez y Sanz y *Apuntes sobre el estado de la costa occidental de África y principalmente de las posesiones españolas en el golfo de Guinea* (1859) de Joaquín J. Navarro. No obstante, los episodios de Muñoz y Gaviria no solamente tenían un estilo más literario, sino que también fueron los primeros en publicarse en un semanario de gran difusión entre el público español, ilustrados con grabados basados en las fotografías tomadas por el propio autor.<sup>4</sup> Esta atención de *El Museo universal* a una colonia prácticamente desconocida probablemente respondía a la actitud de glorificación imperialista que el editor, Nemesio Fernández Cuesta, adoptó en la revista durante estos años, alentando la guerra de África (1859), la anexión de Santo Domingo (1861) y las operaciones expansionistas en México (1862) (Alonso 57).

En 1871, Muñoz y Gaviria publicó una versión más extensa bajo el título de *Tres años en Fernando Póo* en la serie *Biblioteca* del editor Urbano Manini, que, según Jesús A. Martínez Martín, era una de las colecciones de novelas por suscripción más difundidas de la época (94). Ese año también aparecía *África. Islas de Fernando Póo, Corisco y Annobón. Crónica general de España*, una breve memoria de trece páginas compuesta por Muñoz y Gaviria a base de los episodios de carácter más técnico de *Tres años*. Mientras *África* se difundía como obra de referencia, el autor describía *Tres años* como “impresiones de viaje”, que esperaba hubieran “gustado y distraído a [mis] lectores” (*Tres años* 268). La narración de la ruta en *Tres años en Fernando Póo* constituía, con pequeñas modificaciones, el mismo relato que el de las entregas para *El Museo*, pero la sección sobre la isla era mucho más detallada en la versión de 1871. Es esa la versión que utilizaré para mi análisis.

En la primera sección de este ensayo, examino el discurso del autor sobre los asentamientos comerciales en el golfo para mostrar cómo la representación de la naturaleza en la isla está subordinada al objetivo del escritor de proponer un modelo económico de plantación frente a las dificultades para competir por el comercio de la región. Así, intercalándose con breves descripciones estéticas, la obra privilegia una mirada económica en la que se valoriza la tierra y sus recursos naturales. Esta visión crematística condiciona también el retrato de las comunidades de la isla, ya que se evalúa la capacidad de aquellos para integrarse en el modelo de plantación imaginado por el autor. Como analizo en la segunda sección, la rendición que hace la obra del trabajo y de los grupos de africanos en la isla, estaba fuertemente influida por un contexto de transición económica, ya que, tras el fin de las esperanzas esclavistas de la Corona española, se buscó

un rendimiento alternativo a las posesiones que llevó a los colonizadores a crear un sistema de ficciones sobre los asalariados libres.

#### DEL COMERCIO AMARGO A LA PLANTACIÓN IDEALIZADA

La amnesia española sobre su historia colonial en el golfo de Guinea puede atribuirse en gran parte a la censura impuesta a la información sobre la región durante el segundo franquismo, así como a la falta de interés político durante la democracia por visibilizar la relación de España con esta antigua colonia.<sup>5</sup> No obstante, la ineficaz y volátil gestión española durante toda su historia colonial tampoco contribuyó a que existiera en la metrópolis un sólido imaginario de estos territorios. En 1778, Portugal cedía a España las islas de Annobón y Fernando Poo en el Tratado de El Pardo, posesiones que el gobierno español ambicionaba convertir en un conveniente puerto franco para el comercio de africanos con otras naciones (Díaz Matarranz 10-12).<sup>6</sup> Sin embargo, tras la fallida expedición inaugural del conde Argelejos en 1778 y la progresiva persecución oficial de la trata durante las primeras décadas del siglo XIX, el gobierno español prácticamente abandonó estas posesiones.<sup>7</sup> Durante la primera mitad del XIX, casas comerciales británicas se asentaron en la isla de Fernando Poo y comenzaron una colonización de facto que llevó al gobierno de Baldomero Espartero a plantearse en 1841 la posibilidad de vender la colonia a Inglaterra. Esta potencial venta se empleó como arma política en las Cortes, de manera que Espartero se vio obligado a enviar en 1842 una expedición dirigida por Juan José Lerena. No fue sino hasta 1843 cuando finalmente Lerena reclamó de manera oficial la soberanía española en las islas de Fernando Poo y Annobón, además de conseguir la anexión de Corisco (de Castro y Ndongo, 43-48). Otras dos expediciones en años siguientes apenas avanzaron la campaña colonial hasta que en 1858 y como parte de su política de prestigio imperial, Leopoldo O'Donnell encargó al gobernador general Carlos Chacón que liderase la expedición más grande hasta la fecha.<sup>8</sup> En 1859, José de la Gándara dirigió otra de gran envergadura, pero tal y como relataría Muñoz y Gaviria, los administradores coloniales se enfrentaron a varios desafíos, entre otros, los problemas de salud que mermaban la población de colonos españoles, la resistencia de algunas comunidades africanas y la competencia con las casas comerciales extranjeras.

La estancia de Muñoz y Gaviria entre 1861 y 1864 precedió al despegue colonizador de la década de 1880,<sup>9</sup> pero se corresponde con una etapa de transición, el período entre 1858 y 1880, en el que, según Juan José Díaz Matarranz, se intentaron sentar las bases para transformar esta región en una colonia económica (51). En un marco internacional en el que se buscaba sustituir la trata por comercio legítimo, el gobierno español se planteaba convertir Fernando Poo en una base comercial y a la vez potenciar una

agricultura especulativa de plantación, un modelo que se daba casi exclusivamente en América y que en África solo implementaban los portugueses mientras otros europeos se dedicaban al comercio (91). Como argumenta María Dolores García Cantús, aunque varios administradores coloniales y gobiernos españoles aspiraron a hacer de Fernando Poo un gran depósito comercial del África occidental, los británicos prácticamente monopolizaban todo el comercio de la zona (351). En 1858 la Sociedad Económica de Barcelona, así como la Junta de Comercio de Valencia dirigieron quejas al gobierno español sobre cómo los ingleses, amparados en los tratados abolicionistas, dificultaban la circulación de los buques españoles al perseguir y detener a los barcos susceptibles de sospecha (361). Con la expedición de Chacón, el gobierno de O'Donnell pretendía respaldar el comercio español, pero en 1861 el siguiente gobernador, la Gándara, sostenía que los empresarios españoles difícilmente podrían competir comercialmente con los ingleses (407).

En *Tres años* se estiman de manera positiva los recientes esfuerzos colonizadores en la isla y se elogia la acción del gobernador Chacón, pero el autor también opina que la colonización de esta región no había compensado hasta el momento el esfuerzo invertido (Muñoz y Gaviria 154-56). Muñoz y Gaviria alude al proyecto de ley impulsado en 1841 por el presidente del consejo de ministros, Antonio González, para vender los Territorios Españoles del Golfo de Guinea a Gran Bretaña y sostiene que esto habría sido lo más beneficioso para España:

Empero, este proyecto, en mi concepto muy bueno y perfectamente pensado y madurado por D. Antonio González, que hubiera evitado grandes gastos y salvado un gran número de vidas, fue desechado por un público clamoreo en las Córtes y combatido poderosamente por la mayoría de la prensa y por todas las sociedades científicas y económicas de España como degradante á la dignidad de la nación española. Yo les preguntaría hoy qué beneficios no han resultado de la conservación de esta isla. ¡Cuánto dinero ha costado, cuántas víctimas ha ocasionado! (151)

Como se ve aquí, Muñoz y Gaviria reprueba que un exacerbado patriotismo hubiera ofuscado la lógica económica: para el autor, España seguía invirtiendo en una región cuyo rendimiento era todavía impredecible, mientras la venta habría podido aplicarse de manera tangible al pago de la deuda nacional. Pese a esta crítica retrospectiva, en el resto de la obra el escritor adopta una actitud pragmática, planteando posibles líneas de actuación para maximizar la explotación de unos territorios que el autor finalmente se había resignado a considerar como posesiones españolas. Entre los modelos económicos que se discuten en *Tres años*, la vía que Muñoz y Gaviria juzga factible es el modelo de plantación, pintando con

ambivalencia el desarrollo comercial del informal imperio británico en el golfo de Guinea.

Como otras narrativas de viaje sobre los Territorios Españoles del Golfo de Guinea, *Tres años* comienza describiendo las ciudades en la costa de África en las que el barco recalaba en su ruta a Fernando Poo. En sus rendiciones de la costa del Kru (actual Liberia), Accra y Lagos, el narrador se detiene especialmente en la vida económica, reseñando el gran comercio que países del norte de Europa mantenían con pueblos de la zona, al intercambiar aceite de palma, marfil y oro por quincallería y textiles. Buena parte de esta región aún no estaba oficialmente bajo el dominio británico, pero Muñoz y Gaviria señalaba el predominio de aquellos en una costa en la que también convivían factorías holandesas y danesas. En contraste, el narrador observa que solamente una empresa española operaba en la zona, la casa catalana Martorell y Bufill en Accra. El autor manifiesta una clara admiración por la labor pionera de esta compañía, pero junto a la alabanza al emprendedor carácter catalán, en el texto late cierto abatimiento ante la escasa presencia mercantil de España: “La única provincia de España que mantiene relaciones mercantiles con la costa de Africa, es Barcelona, y por todas partes se vé el génio laborioso y mercantil del pueblo catalán” (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 122). Aunque ciertamente Cataluña era uno de los principales motores económicos de España, la imaginación de una cultura comercial catalana como fenómeno excepcional en la península respondía a un extendido imaginario, tanto fuera como dentro de España, que atribuía a los españoles una menor habilidad para las actividades comerciales. Este imaginario procedía del siglo XVIII cuando autores ilustrados como Montesquieu y Guillaume-Thomas Raynal o economistas del liberalismo clásico como Adam Smith argumentaron que España no había conseguido desarrollar un colonialismo viable basado en un comercio que refinara y civilizara pueblos (Arbaiza, *The Spirit* 37, 41).

Estrecho colaborador del gobernador de la Gándara, Muñoz y Gaviria parecía compartir con aquel la opinión de que España no podía rivalizar con el establecido comercio británico en la zona y de ahí, que el relato no abogase por un desarrollo comercial. Aunque puntualmente en el texto asoma cierto desánimo sobre la disparidad entre los británicos y los españoles en este campo, la narrativa también promueve la idea de que este comercio podía traer peligros y desventajas y sobre todo cuestionaba la visión del comercio como herramienta civilizatoria. Ante la imposibilidad de ejercer una competencia comercial, el autor contradice la noción del *doux commerce*, apuntando varias facetas *amargas* del intercambio. El texto implica que los términos del trueque eran desiguales, y alude a los pingües beneficios que se obtenían al canjear oro por quincallerías (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 81, 116, 142). Además, el escritor llega a denunciar la introducción de sustancias

adictivas entre las comunidades indígenas para asegurar el comercio: “Esta es la civilización que los europeos vamos siempre llevando á las comarcas lejanas. En África el aguardiente, en China el ópio, otro veneno explotado por la odiosa rapacidad de los mercaderes ingleses” (84). Aquí, Muñoz y Gaviria desmonta la extendida idea del potencial civilizatorio del comercio y lo retrata como un sistema de explotación y violencia cultivado por los europeos, pero especialmente por los comerciantes británicos a los que caracteriza de rapaces. Esta crítica a los británicos es paradigmática del nacionalismo defensivo que permea en el texto pese al cosmopolitismo de su autor. El escritor hablaba varios idiomas, había viajado por Europa y en la obra abundan anécdotas de sus cordiales relaciones con extranjeros europeos. No obstante, el texto muestra una posición ambigua frente a la intervención de los británicos en el golfo, a los que a veces admira, otras veces imita y otras desmitifica. En particular, la identificación del carácter nacional británico como codicioso constituía una respuesta nacionalista a la imaginación del español como carente de dotes o predisposición comercial y en cierta forma, una manera de justificar la expansión de aquellos por la región.

La concepción del comercio como actividad que extendía simpatías y refinaba costumbres también se subvierte en *Tres años en Fernando Póo*, donde se dibujan estas transacciones como una actividad que degradaba la moralidad de los europeos y exacerbaba el supuesto inherente salvajismo de los africanos. Además de denunciar el expolio en las transacciones mercantiles, la obra sugiere que el comercio fomentaba la barbarie entre los africanos, a la vez que corrompía a británicos, dispuestos a tolerar cualquier brutalidad con tal de conservar sus negocios. En Dahomey, contaba Muñoz y Gaviria, los europeos debían lidiar con un rey retratado como un asesino sanguinario (*Tres años* 128-29); en Lagos y en Benín, los europeos eran incapaces de frenar los sacrificios humanos entre sus socios comerciales (140-42). Una excepción era el rey del Calabar, con quien, según el autor, los ingleses mantenían “grandes relaciones mercantiles” (208). Con un próspero comercio en cera, aceite de palma, marfil y ébano, el Calabar era a los ojos del escritor, una de las zonas más civilizadas:

El reino del Calabar está bajo la protección de los ingleses y su rey es indudablemente el más rico y el que goza de más comodidades en el continente africano; posee una buena casa con muebles á la europea y un precioso vaporcito de fuerza de 30 caballos, debido a la munificencia de la reina de Inglaterra. (208)

Tras este cuadro de bonanza y progreso, el autor añadía que un familiar del rey se había sublevado contra este para obtener sus riquezas, apoderándose de las factorías y degollando a la familia real (211). Con esta anécdota, el

autor demolía las expectativas europeas sobre el comercio como vehículo de civilización en el área: Por un lado, el autor tomaba del debate europeo sobre el comercio la noción de que este podría corromper las costumbres, insinuando que la codicia acrecentaba la violencia de los africanos. Por otro, presentaba la situación de los europeos como inestable, sujeta a súbitos cambios políticos entre los locales y abocada a forzosas relaciones comerciales con tiranos.

Como J.G.A. Pocock ha estudiado, en el liberalismo clásico se produjeron innumerables debates para resolver la tensión que los intelectuales presumían entre la virtud cívica y el comercio. Economistas como David Hume, Adam Smith o Josiah Tucker apoyaron el desarrollo comercial y consideraron que este constituía la base para el progreso y el florecimiento de las artes. Sin embargo, dice Pocock, estos autores no abandonaron completamente la idea de que la virtud y la independencia del hombre comercial nunca estaba exenta de posibles elementos de corrupción y que la virtud cívica se basaba en las armas y la agricultura (147). Frente al intenso asentamiento de otros países europeos en la costa de África occidental, Muñoz y Gaviria moviliza los temores del debate europeo sobre el comercio, trayéndolo a un contexto colonial en el que la corrupción se magnifica. Como alternativa para Fernando Poo, el escritor propone una economía colonial basada en la plantación, aunque para ello, atenuará los problemas derivados de una explotación agrícola e incidirá en un retrato idílico de las condiciones agrarias de la isla.

Como se dijo al comienzo, el primer avistamiento de Fernando Poo muestra cierto tinte romántico con un sujeto impresionado ante el espectáculo visual de la exuberante isla: “No es dado á la pluma ni al pincel reproducir el cuadro admirable de su lozana vejetacion y gigantesca arboleda” (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 144). Esta afirmación funcionaba como una *captatio benevolentiae* y confería cierto carácter romántico al encuentro con el paisaje. No obstante, este tono desaparece en el resto de la narrativa en la que el escritor adopta un estilo prosaico y en la que, si se incurre en la idealización, se hace, no con fines estéticos, sino para publicitar el enorme potencial de la isla. De hecho, frente a la manifestación inicial sobre la imposibilidad de representar la naturaleza, el autor se entrega poco después a descripciones pormenorizadas de los cultivos que podrían darse en la isla y de la vegetación ya presente, participando en una retórica clasificatoria que David Spurr identificó como uno de los tropos de la literatura colonial. Pese a que las enumeraciones dan una impresión de cuantificación racional, la caracterización de la naturaleza virgen de Fernando Poo tiene un tono hiperbólico que promueve la imaginación de la isla como espacio de abundancia y superlativa fertilidad:

Feracísimo es el terreno de la isla de Fernando Póo, y su suelo, vírgen en casi toda su extensión, ostenta un magnífico verdor, y la gigantesca vejetacion propia de los países tropicales. Los árboles más comunes son el cedro, el caobo y la palmera, jigantescos y tan apiñados en algunos puntos, que no es dado penetrar en los bosques. (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 177)

La gigantesca vegetación hace que la selva sea casi inexpugnable, aunque la naturaleza no aparece como una fuerza amenazante o misteriosa, sino que el colosal tamaño de los árboles se usa para destacar la fecundidad de la tierra y el potencial industrial de los enormes y abundantes ejemplares de algunas de las variedades de madera más apreciadas como la de cedro o caoba. Por otro lado, la virginidad de la naturaleza apunta a la facilidad de una empresa económica sin competencia y que además evoca al paisaje americano: “Como un inmenso ramo de verdura en medio de un mar tan sereno y tranquilo, ... sus elevadas y escarpadas costas presentan el majestuoso aspecto de los bosques vírgenes de América” (143). Mientras que lo americano surge en otros textos sobre los Territorios Españoles del Golfo de Guinea como forma de legitimar la experiencia colonizadora española, en *Tres años en Fernando Póo*, la referencia americana sugiere que la nueva colonización de Fernando Poo es una especie de compensación por las pérdidas coloniales de la América continental. La ausencia de infraestructura se presenta incluso como una oportunidad, una caracterización que distingue a *Tres años en Fernando Póo* de las entregas de *El Museo*, que, aunque son en su mayor parte iguales a la versión de 1871, contenían algunas expresiones de desaliento del autor ante la enormidad de la tarea por hacer. Mientras que en uno de los capítulos de 1864 el narrador confesaba sentirse en una “apartada isla agena á toda civilización” (Muñoz y Gaviria, “Viaje al África central”), la versión de 1871 eliminaba estos comentarios para producir una editada imagen de la isla como paraíso material, que, aunque sin explotar, contenía enormes posibilidades para ser aprovechado. El autor celebra que frutales como los naranjos, limoneros, guayabos, mangos, tamarindos y plataneros crecían naturalmente en la isla, aunque se percibe un mayor interés por productos más exóticos o valiosos en el mercado español y que en Fernando Poo prosperaban con escasa inversión:

El algodón se cría allí expontáneamente, y ahora se ha tratado de perfeccionarlo por el cultivo, así como el café, para lo cual, como referiré más adelante, fui yo á la isla de San Tomé á proporcionar un número considerable de plantas. La planta de más utilidad y producto de la isla es el ñame, planta tuberculosa del género de la patata, y en cuya producción no reconoce rival la isla de Fernando Póo. Es casi superior á la batata de Málaga; es la riqueza verdadera; el alimento del país. (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 177-78)

En esta cita como en otras partes de la obra, el autor dibuja una fantasía de abundancia agrícola, en la que el terreno es tan rico que apenas se necesita cultivar la tierra para que las cosechas proliferen. Aún más, el escritor identifica un producto agrícola, el ñame, como la auténtica riqueza de la región, señalando así el camino hacia una utópica bonanza agraria alejada de la corrupción moral del comercio, pero distinta también de la extracción mineral en las colonias americanas entre los siglos XVI y XIX.<sup>10</sup> La destrucción ocasionada en América por la búsqueda de metales de los españoles había sido criticada ya en el siglo XVI en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas, obra que además serviría a las potencias rivales de España para propagar la *leyenda negra* sobre la crueldad española en su delirio por el oro y la plata. Para los intelectuales españoles del XIX, un pasado de extracción mineral en América no solamente era un incómodo fenómeno para elaborar una narrativa sobre el periodo colonial y construir alianzas con las repúblicas latinoamericanas, sino que también muchos economistas liberales achacaban a la supuesta acumulación de metales el declive económico de España.

Este contexto contribuiría a que un autor colonial como Muñoz y Gaviria imaginara la economía agraria como una alternativa atractiva, preferencia que también mostraron muchos escritores latinoamericanos del XIX. Como Lisa Burner ha estudiado en la obra de Juana Manuela Gorriti, el pasado de extracción minera durante la colonia se veía como un funesto legado de los españoles en las nuevas repúblicas que las llevaba a perpetuar un modelo económico basado en la explotación de un recurso natural finito (356). Esta ansiedad ante el boom de exportaciones de materias primas finitas contrastaba con las expectativas sobre el desarrollo agrícola que según Ericka Beckman dominaron la literatura latinoamericana tras la independencia y, sobre todo, tras el estilo inaugurado por Andrés Bello con su *Silva a la agricultura de la zona tórrida* de 1826 (29). Como explica Beckman, los letrados latinoamericanos concibieron la agricultura como una fuerza moral que serviría como antídoto a las modernas relaciones de mercado y constituiría una fuente de riqueza pura (28).

Pese a las obvias diferencias entre obras de construcción nacional y textos coloniales, tanto Bello como Muñoz y Gaviria coinciden en un discurso proyectado hacia el futuro, enumerando con optimismo los frutos que surgirían de una tierra fecunda y un clima cálido o tropical. Sin embargo, como parte de la consolidación identitaria de la nación, Bello exaltaba particularmente los cultivos autóctonos americanos, mientras que Muñoz y Gaviria celebraba la colonia como una tierra pródiga en la que, junto a las plantas locales, podrían prosperar los ejemplares importados. De hecho, el autor español consideraba la adaptación de nuevos cultivos al terreno, como

parte esencial de la misión de traer progreso y desarrollo a la colonia. El escritor exhibía cierto orgullo al citar los “ensayos agrícolas” que los jesuitas, los oficiales y él mismo habían realizado en la isla, notando que, aunque no consiguieron aclimatar el trigo o la vid, tuvieron un enorme éxito con el “maíz gigante”, la col que “se reproduce ... con pasmosa rapidez” y los tomates y pimientos que “se crían con facilidad y abundancia” (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 235). Asimismo, y como nueva indicación sobre la compensación – simbólica y material – que Fernando Poo podría encarnar ante la pérdida americana, el escritor anunciaba que en la isla “todas las frutas de América ... crecían casi espontáneamente en nuestras huertas” (236).

Pese al tono esperanzado de lo que Beckman ha llamado “romances agrarios” (28), estos no estuvieron exentos de profundas contradicciones, entre ellas, la de hablar de diversidad agrícola e independencia nacional, pero a la vez exaltar – como hiciera José Martí con el café – un monocultivo destinado a la exportación. Si los intelectuales latinoamericanos terminaron poetizando los productos agrarios con los que América Latina entraba en el circuito económico global en posición de gran vulnerabilidad, la fantasía colonial de Muñoz y Gaviria no sería menos paradójica. El escritor especula sobre diversos productos agrícolas, pero el texto revela ya los intereses gubernamentales de concentrar en la isla dos monocultivos, el café y el cacao, e incluso ensayar con el algodón aprovechando la reducción de la producción durante la guerra civil estadounidense. El mismo autor fue enviado por el siguiente gobernador, Pantaleón López de Ayllón, a adquirir en la colonia portuguesa de Santo Tomé plantas de cacao y café, desde donde Muñoz y Gaviria regresaría con “400 piñas de cacao y 3.000 piés de plantas de café” (*Tres años* 234). Pese a su hiperbólico tono sobre el potencial agrícola de Fernando Poo, el escritor probablemente no imaginaba que, con este viaje a Santo Tomé, él contribuiría personalmente a impulsar los dos grandes monocultivos que hicieron de esta isla la principal abastecedora de cacao y café en España durante la primera mitad del siglo XX.<sup>11</sup>

La literatura crítica sobre la historia social de la comida sugiere que ciertos cultivos generan importantes consecuencias sociales, convirtiéndose en el principio organizador de la vida de las comunidades en las que se producen, pero también afectando a aquellas en las que se consumen. Para autores como Fernando Ortiz o Sidney W. Mintz, el azúcar promovió un sistema de grandes plantaciones y trabajos forzados, si bien los casos de otros cultivos son, como han señalado Steven C. Topik y Allen Wells, más dispares e impredecibles: el café por ejemplo contribuyó a la consolidación nacional en Colombia y produjo un sólido campesinado en Costa Rica, mientras que en Brasil fortaleció la esclavitud y en Guatemala despojó a las comunidades indígenas (Topik y Wells 22-23). Pese a las desiguales

condiciones de explotación de algunos de estos cultivos, el café y el chocolate estuvieron íntimamente conectados con el azúcar en su recepción en Europa. Allí, el consumo conjunto de estas mercancías tropicales se popularizó desde el siglo XVIII hasta llegar a funcionar en el XIX como estimulantes que Mintz calificó de “drug foods” (*Sweetness* 99) o “proletarian hunger killers” (“Time” 60) ya que daban energía a los mal pagados asalariados (*Sweetness* 65-66). Irónicamente, mientras Muñoz y Gaviria denunciaba que los británicos introducían el alcohol entre la población africana para facilitar el comercio, el modelo económico por el que el escritor abogaba para la colonia española se basaba en producir otro tipo de sustancias adictivas, que según Mintz se convirtieron en un sustituto alimentario para las pobres dietas de las clases trabajadoras en Europa. Por otro lado, la recalcitrante caracterización de una tierra tan fértil en la que los cultivos crecían “casi espontáneamente” (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 236) recuerda claramente a la ilusión a la que Karl Marx se refería como el “fetichismo de la mercancía” (128), el fenómeno según el cual, las mercancías en el mercado aparecían desligadas de su modo y espacio de producción, así como de las relaciones sociales detrás de esta. Muñoz y Gaviria dibujaba un paisaje sin personas en el que los frutos agrícolas aparecían como objetos autónomos, creando una ficción de los cultivos como resultados naturales de una tierra pródiga y ocultando las duras realidades sociales que necesitarían implantarse en las plantaciones de mercancías tropicales. Como exploraré en la siguiente sección, *Tres años en Fernando Póo* abordaba el pasado esclavista de la región y las prácticas ilegales que persistían, pero embellecía las condiciones de los trabajadores contratados que comenzaron a traerse a la isla para las labores de desbroce que sentarían las bases para establecer la infraestructura de una colonia de plantaciones.

#### DEL TRÁFICO DE PERSONAS AL TRABAJO CONTRATADO

Como se comentó anteriormente, las esperanzas de los monárquicos ilustrados de instaurar en las islas de Fernando Poo y Annobón un modelo esclavista de colonización fue un proyecto a destiempo. En 1778, el mismo año del Tratado del Pardo, despegaban en el parlamento británico las discusiones para abolir el tráfico de personas esclavizadas (García Cantús 99). De manera progresiva, Gran Bretaña, Dinamarca y otros países europeos prohibieron la trata durante las primeras décadas del siglo XIX si bien el tráfico ilegal continuó siendo un negocio lucrativo para buques esclavistas de todas las nacionalidades (Thomas 699). Gran Bretaña, que había sido una de las potencias más beneficiadas por el tráfico, se convertía en gran adalid de la abolición; de hecho, su ocupación de Fernando Poo entre 1827 y 1843 respondía en gran parte a la estratégica posición de la isla para luchar contra el comercio de personas esclavizadas. En 1835, España y

Gran Bretaña firmaban un tratado más definitivo que los anteriores para abolir el tráfico humano en la región y hacia mediados de los cuarenta, los británicos habían disminuido el tráfico ilegal en el golfo de Biafra. Pero, aunque reducido, el flujo de africanos esclavizados a las Antillas se mantendría constante, hasta que la importación de personas esclavizadas se prohibiera en 1867.<sup>12</sup> Mientras tanto, parte de la opinión pública española y varias sociedades económicas alegaban que la lucha abolicionista británica era una excusa para boicotear el flujo comercial español en la región. Por otro lado, el gobierno español actuaba con gran duplicidad en la cuestión, ya que, a finales de los treinta, aún estimulaba el comercio ilícito (Schmidt-Nowara 15), y en 1854, intentó nombrar gobernador de Fernando Poo a un empresario catalán, Domingo Mustrich, al que los británicos habían interceptado dos barcos con africanos esclavizados el año anterior (Sundiata 48-49).

El tráfico de personas no es un tema central en *Tres años en Fernando Poo* pero el proyecto económico que imaginaba el autor para la isla estaba fuertemente marcado por este trasfondo y en su obra se percibe el carácter performativo que según Lisa Lowe es típico de los documentos sobre el tráfico ilegal. Como explica Lowe, oficiales o autores que se referían al tráfico se veían obligados a adherirse a discursos oficiales, aunque simultáneamente, su retórica suele manifestar obvias contradicciones que cuestionaban, en contra de su intención, el discurso oficial (67). Este es el caso de *Tres años en Fernando Poo* donde Muñoz y Gaviria muestra una postura abolicionista, pero a la vez deja entrever la tibia respuesta del gobierno español ante la trata y la propia doblez del autor al condenar el tráfico y simultáneamente apoyar un modelo económico que dependía de trabajadores contratados en muy debatibles condiciones.

El tráfico aparece por primera vez en la obra, cuando el escritor es testigo durante su ruta por el golfo de la interceptación de un buque portugués que llevaba más de trescientos africanos (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 86):

La trata, como vulgarmente, se dice, está hoy completamente prohibida; y cruceros franceses, ingleses y norte-americanos vigilan cruzando los mares de África constantemente la costa. Es horrible, efectivamente, ver el trato que se da á los pobres negros, hacinados en las calas de los buques que sirven para este horrible tráfico. (87)

Sus palabras indican que este no era un incidente aislado ya que las referencias a la persecución del tráfico por buques de varias naciones entrañaban que la prohibición había carecido de validez en el golfo. Además, al nombrar la lucha de otras naciones, el autor también delataba la falta de

un compromiso firme por parte de España. En este, como en otros pasajes, el escritor asumía que la responsabilidad de combatir el tráfico recaía en otras naciones y especialmente en los británicos, con lo que paradójicamente el autor legitimaba que aquellos obstruyeran el comercio español al patrullar la zona. Asimismo, pese a que Muñoz y Gaviria denunciaba las condiciones que los africanos sufrían en los barcos, el autor no cuestionaba en sí el acto de cosificar a seres humanos. Si bien en esta cita aparecen algunos epítetos afectivos como “los pobres negros” o “este horrible tráfico” (87), su condena del tráfico no conllevaba una completa humanización de los africanos que, en otras partes del texto, son caracterizados como salvajes.

El desequilibrado retrato entre los esclavistas europeos y los africanos es de hecho significativo. Los agentes europeos de la trata no se materializan en el texto, sino que el tráfico se ejecuta casi mágicamente: el autor menciona “buques” en los que se retienen a africanos o “buques” que son juzgados (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 86-87, 93) pero, más allá de citar la nacionalidad de algún buque, el autor no responsabiliza a *personas* europeas, cuyo papel en el tráfico queda fetichizado y escondido bajo el emblema del “buque”. Por el contrario, al referirse a la parte africana de la transacción, el autor corporeiza a los *africanos* responsables y se extiende sobre la idiosincrasia barbárica de los reyes de Dahomey y Benín:

Las continuas guerras de los reyes de Dahomey y de Benin son las que surten con mas [sic]abundancia los mercados de carne humana. La mayor parte de los reyes de la costa tienen derecho de vida y muerte sobre sus desgraciados súbditos y muchas veces sin motivo ninguno ó por el más frívolo pretexto, son reducidos á la esclavitud y vendidos como esclavos; pero en ninguna parte está llevado á tan alto punto este despotismo como en los Estados de Dahomey y de Benin. (88)

Este fragmento es el momento en el que el autor más claramente censura la cosificación de personas al condenar los “mercados de carne humana”, y, sin embargo, acusa principalmente a los africanos – y no tanto a los europeos – de esta operación comercial (88). Este discurso sobre la brutalidad y violencia “natural” de los africanos había sido empleado por algunos esclavistas e incluso monarcas como Fernando VII para defender la trata, argumentando que con el tráfico salvaban a aquellos de ser asesinados a manos de sus compatriotas (Surwillo 10), un giro perverso que ocultaba que la trata estimulaba las guerras interétnicas. El mismo Muñoz y Gaviria excusaría que él mismo compró un “negrito”, un joven que tuvo consigo como sirviente en Fernando Poo, después trajo a Madrid y luego envió de vuelta a África por no aprobar los efectos que *la civilización* tenían en él (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 143). En la breve narración sobre este

adolescente sin nombre, contrasta la naturalidad con la que Muñoz y Gaviria relata la manera en la que dispone de la libertad del joven con sus circunloquios alrededor de la escena de la compra. El autor parece consciente de que la adquisición podía ser percibida como problemática ya que superpone dos justificaciones: primero alega que compró al adolescente casi accidentalmente, sin anticipar que el vendedor accedería a una oferta propuesta como una broma: “con grande asombro mío, aceptó mi proposición y me ví dueño de un negrito” (142). Sin embargo, después añade que “al hacer la adquisición ... le había salvado la vida; pues estaba destinado á ser sacrificado al día siguiente” (143). Más que fortalecer su descargo, esta yuxtaposición de excusas incompatibles – esgrimiendo en la primera que la compra fue accidental y en la segunda presentándose como salvador del niño – hace que el autor pierda fiabilidad. Asimismo, el lector observa la duplicidad de Muñoz y Gaviria cuando censura el tráfico a grande escala, pero no reconoce que su propia interacción con el joven africano reproduce esta dinámica de cosificación.

Además de la trata, *Tres años en Fernando Póo* describía otro fenómeno que tendría un enorme impacto social en la configuración de la colonia: la contratación de asalariados libres para los trabajos más duros. Enrique Martino ha estudiado minuciosamente los contratos y los diferentes grupos a los que los españoles recurrieron para conseguir mano de obra entre 1850 y 1950 ya que el gran desafío con el que se encontrarían los colonizadores españoles sería la escasez de trabajadores (21). La estancia de Muñoz y Gaviria coincidió cuando se estaban probando las primeras alternativas ante la imposibilidad de emplear a hombres esclavizados, aunque su narrativa privilegia los casos de mayor éxito para la administración. Así, el autor solo alude una vez a los doscientos emancipados enviados de Cuba (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 244), un proyecto que como explica Martino, no estuvo exento de complicaciones: aunque los emancipados eran asalariados libres, poco después de su llegada a Fernando Poo en 1862 casi protagonizaron una insurrección pacífica por verse forzados a trabajar por sueldos casi inexistentes (39).<sup>13</sup> Mientras que el escritor solo menciona fugazmente a este grupo cubano, sí se refiere extensamente a la experiencia con los Kru, un grupo étnico asentado por las costas de Liberia, Sierra Leona y Costa de Marfil que ya habitaba en Fernando Poo pero que los españoles comenzarían a reclutar de manera masiva desde finales de 1859 (Martino 41). Este grupo había llamado también la atención de Joaquín J. Navarro, quien unos años antes los calificaba como “los únicos etíopes que sufren con resignación toda clase de trabajos físicos” (21). En su primera semblanza de los Kru, Muñoz y Gaviria evita un lenguaje que, como el de Navarro, entrañara una connotación de explotación y simplemente los elogia como una “raza de hombres fuertes para el trabajo” (*Tres años* 111). Este lenguaje

era claramente eufemístico ya que, aunque el reclutamiento de los Kru persistiría durante cierto tiempo, sus condiciones como mano de obra asalariada no eran mucho mejores que las de los hombres esclavizados y, como ha investigado Ibrahim K. Sundiata, trabajadores Kru desertaban recurrentemente escapándose de la isla (126-29).

Antes de examinar la interacción del autor con diferentes grupos en Fernando Poo, se debe señalar que, en la descripción de su ruta hacia la isla, el autor había denunciado la explotación de los africanos libertos en Sierra Leona. En una supuesta conversación que mantuvo con el explorador británico, Richard Burton, el autor español le reprochaba a aquel tales abusos:

Los negros, contestó Burton, son declarados libres y bajo la protección del gobierno inglés los dedican á las factorías y trabajos del campo de los establecimientos de Sierra-Leona. Es decir, añadí yo, que el pobre negro no por eso mejora de condición; de esclavo de un particular pasa á ser esclavo del gobierno inglés. (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 87)

Al sostener que las condiciones laborales que los británicos concedían a los asalariados libres eran casi indistinguibles de las de las personas esclavizadas, el autor problematiza el imaginario de los británicos como benevolentes abanderados de la causa abolicionista. Sin embargo, el texto revela las contradicciones del escritor cuando más tarde, desarrolla una relación amical con Burton – quien tomaría el puesto de cónsul en Fernando Poo (140) – y recurre a su consejo cuando quiere contratar entre trescientos y cuatrocientos Kru para iniciar su plantación de cacao (113-14). Muñoz y Gaviria no admite haber cambiado de opinión, sino que, en este momento de la narrativa, el escritor se beneficia de la autoridad de los británicos como pioneros en la sustitución de la esclavitud por la contratación de asalariados libres y así, indica que siguió escrupulosamente las condiciones recomendadas por Burton. Un motivo recurrente en la obra es la negación de una explotación que paradójicamente se expone de manera flagrante en el texto. Los *legítimos* términos sugeridos por Burton y aceptados por Muñoz y Gaviria consistían en una alimentación básica y unos pocos objetos de intercambio como tejidos de algodón y pólvora, además de “el plus de aguardiente de caña como gratificación” (114), es decir, una sustancia adictiva que contribuía a cerrar el círculo de explotación y que el mismo Muñoz y Gaviria había criticado. El interés del escritor por rentabilizar el trabajo de los Kru con una baja inversión se manifestaba también en su exaltación del ñame, un tubérculo saciante y con alto contenido energético. Con un par de ñames y un puñado de arroz cocido, alegaba el autor, los Kru “se mantienen fuertes y robustos para las rudas faenas del campo” (178). La incoherencia en el discurso de Muñoz y Gaviria, la vemos también en la obra

de Burton, *Wanderings in West Africa. From Liverpool to Fernando Po* (1863), cuando el autor inglés ofrece un discurso contradictorio al decir que los Kru se quejaban falsamente de las condiciones de trabajo en “Nanny Po” (Fernando Póo):

they had been made to work in gardens and on the roads, and they complained – most falsely, I afterwards found – of ‘puoco comer, mucho trabajo’. Some of them had been engaged for one year, not two, and had been kept for three – the usual time – to the great sorrow of their mammies and to the abiding resentment of themselves. (2)

Como vemos aquí, Burton apela a su condición de testigo para desestimar el discurso que circulaba entre los Kru, pero, por otro lado, admite que los términos del contrato se habían incumplido y algunos de ellos habían sido retenidos. La realidad que subyace en textos como el de Muñoz y Gaviria o el de Burton es que, si bien la ideología política del tiempo demandaba la transición a trabajo asalariado, la lógica de explotación capitalista aspiraba a crear unas condiciones de neo-esclavitud. Frente a discursos oficiales, este fenómeno emerge en narrativas coloniales como las de Muñoz y Gaviria, que representaron con gran ambigüedad o incurriendo en múltiples contradicciones la pervivencia de estas cadenas de explotación. Asimismo, aunque Muñoz y Gaviria en ocasiones exhibía un discurso nacionalista español, su obra como la de Burton, reflejan también que en el área se tejían redes de solidaridad transnacional entre los europeos y que estos repetían similares mecanismos de opresión, basados en una reduccionista imaginación compartida del africano como fuerza de trabajo.

Pese a los problemas citados, los Kru fueron reclutados con mucha más facilidad que otros grupos y así la descripción que de ellos hace Muñoz y Gaviria es en su mayor parte positiva. El texto nunca llega a ahondar en sus costumbres, si bien el escritor los compara con “las naciones más civilizadas” al mencionar su arraigado amor por la familia (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 115). Esta caracterización más humanizada parece responder a ciertos intereses de representación ya que Muñoz y Gaviria atribuye *a su mayor grado de civilización* el que los krumanes se atuviesen al contrato de dos años con el gobierno español y regresasen a su lugar de origen en vez de aceptar un nuevo acuerdo. La agencia de los krumanes se trata con cierta oscuridad en el texto: el autor enfatiza que los españoles cumplían escrupulosamente su parte del contrato y que aquellos “habían sido perfectamente tratados, alimentados y cumplidos los términos de su contrata” (115). Sin embargo, la incapacidad de los españoles para atraer y reenganchar a los krumanes para un segundo contrato se justifica exclusivamente por su “resistencia á expatriarse indefinidamente” (115).

La caracterización de las etnias en función del potencial económico se observa también en las semblanzas de los bubis, la comunidad autóctona de la isla. Además de tratarse de una población pequeña, los bubis evitaban interactuar con los colonizadores españoles, lo que había llevado al gobierno de O'Donnell a afirmar en 1858 que había que recurrir a los Kru ante la imposibilidad de contar con los locales (García Cantús 370). En la obra de Muñoz y Gaviria se retrata ya a los bubis como vagos y mentirosos, una estrategia de representación que, según Nuria Fernández Moreno, sería ampliamente utilizada a comienzos del siglo XX entre los administradores coloniales para disculpar que los bubis rechazaran el trabajo que se les imponía (79). Muñoz y Gaviria sostendría:

Los bubis son la raza de la creación más ociosa y perezosa que existe en el mundo. Ni dinero, ni promesas, ni castigos, los mueven a trabajar y cultivar el terreno: Tendidos á la larga durante todo el día, apenas se toman el trabajo de arrancar los ñames y frutos que con gran repugnancia cultivan para su alimento. (*Tres años* 166)

Con el tropo de la indolencia, el autor intentaba explicar que este grupo étnico, que se mantenía alejado de la capital, se resistiera a ser parte del engranaje colonial. Pero además de mostrar la dificultad de movilizar a los bubis como trabajadores, el texto desvela cómo Muñoz y Gaviria veía que, en su conjunto, las costumbres y modo de vida de esta etnia hacían muy compleja su integración en un sistema capitalista. El concepto de valor entre los bubis desafiaba el carácter ficticio del papel moneda en el régimen económico occidental, ya que como cuenta el escritor, los bubis creaban su moneda con conchas de achatina, un enorme caracol terrestre de África occidental (166). A diferencia del carácter significativo del papel moneda, las achatinas – como otros objetos que servían como moneda en África – eran aceptadas como representación de valor por el objeto en sí, por la labor artística con la que este se decoraba, o por el valor simbólico que la sociedad confería a ciertos artefactos. Además de prescindir de un sistema basado en una moneda ficcional, los bubis apenas comerciaban fuera de su comunidad y mostraban indiferencia por convertirse en consumidores, actitud que el escritor deplora: “Son poquísimas sus necesidades; no necesitan ropa, porque siempre andan desnudos; ni casas, porque viven en sus chozas chatas de ramaje cubierto con bambú, más como topos que como hombres” (167). Siguiendo los debates de la economía política dieciochesca sobre los efectos corruptores de la sociedad de consumo, la literatura occidental y española del XIX incluyó como tema recurrente los peligros del excesivo consumismo y la sociedad de mercado (Arbaiza, “Valores” 5-7). Pero aplicado al marco colonial, Muñoz y Gaviria convierte el apetito por los bienes de consumo en un rasero civilizatorio, comparando a los bubis con

animales por su desinterés en cualquier tipo de mercancía. En esta degradación se advierte cierta frustración por parte del autor, que esperaba que el consumo de mercancías incentivara a la población autóctona a integrarse en la economía colonial como trabajadores *libres*. Este era el modelo que Muñoz y Gaviria había visto en la costa de África en ruta hacia Fernando Poo, pero que en la isla chocaría con la resistencia bubi.

A finales del XIX, los misioneros consiguieron introducir entre los bubis el cultivo y consumo de la patata, produciéndose un intercambio que facilitó la conquista del valle de Moka y el establecimiento de relaciones con una monarquía que hasta entonces había sido prácticamente inaccesible (Fernández Moreno 63). Una mercancía extranjera desestabilizaba así la interacción entre los bubis y los españoles, aunque los primeros no serían la respuesta definitiva para el problema al que se enfrentarían los colonizadores ante la escasez de mano de obra para desarrollar una economía de plantación. En oleadas sucesivas, Krus, nigerianos y fangs de la zona continental serían trasladados a Fernando Poo para cultivar cacao en condiciones abusivas que se extenderían hasta casi el fin de la colonización. Los trabajadores de las plantaciones de café y las explotaciones madereras en el continente se encontrarían también en similares situaciones.

Al concentrar mi análisis en el discurso económico de *Tres años en Fernando Póo*, mis objetivos eran varios. Por un lado, en el marco de este volumen sobre la interrelación entre literatura y economía, creo importante destacar que aspectos que pueden parecer menos centrales en la obra, arrojan luz sobre ideologías económicas que de manera sutil pero indeleble, enmarcan y condicionan la narrativa. Es imposible desligar la reflexión crematística de los retratos de una región que la Corona aceptó inicialmente para beneficiarse del tráfico de africanos esclavizados y cuyo modelo económico debió reconceptualizarse a medida que se ilegalizó la trata de personas y se fue persiguiendo el tráfico ilegal. Dados los innegables objetivos materiales alrededor de una colonia sobre la que no existía una representación textual anterior al siglo XIX, los textos de este siglo, como *Tres años en Fernando Póo*, constituyen simultáneamente un intento de proporcionar un imaginario cultural, así como una ficción económica para los lectores metropolitanos. Como he señalado, la visión económica no se limita a los estrictos comentarios sobre el comercio o el rendimiento agrícola, sino que el retrato espacial de la isla, el de sus habitantes y el de la experiencia misma del viaje están condicionados por esta mirada utilitaria del autor. Por otro lado, este enfoque en objetos y contextos materiales en obras como *Tres años* se suma al creciente número de trabajos que aspiran a reconceptualizar la historia global del capitalismo y visibilizar sus raíces coloniales. Tal y como ha sostenido Lisa Lowe, tener en cuenta estos objetos y contextos, es un intento de capturar historias perdidas y reflexionar sobre

la falta de memoria colonial: “[I] suggest that we read objects and contexts with attention to what they say about lost histories, and the layers of occlusion, which have resulted in a forgetting of the ‘intimacies of four continents’” (84). Aunque la producción literaria colonial esté constituida en su mayor parte por textos que apoyaron o incluso participaron en la construcción del proyecto colonial, la lectura “against the grain” de estas obras puede resultar crucial para descolonizar la memoria (Stoler 47). El análisis de las ideologías económicas que laten en el corpus literario colonial, como *Tres años en Fernando Póo*, esclarece cómo se fraguó y justificó la explotación de recursos y personas en las colonias. Asimismo, las retóricas idealizantes, como aquella sobre la prodigiosa fertilidad de la isla, nos debe recordar el rol de la producción cultural para crear niveles de occlusión no solo alrededor de la administración colonial sino también en torno a las condiciones de producción de artículos consumidos diariamente en España.

*Universiteit Antwerpen*

#### NOTAS

- 1 Como explica María Dolores García Cantús, varias exploraciones británicas tuvieron lugar desde 1783, si bien en 1821 el capitán de la Marina Real Inglesa, Mr. Kelly presentó unos informes especialmente favorables sobre el potencial de la isla (155).
- 2 En el artículo mantengo la ortografía original de la obra, que a veces difiere de la actual ortografía.
- 3 *Tres años en Fernando Póo* es una de las principales fuentes de información biográfica sobre el autor. Además de arrojar ciertos datos sobre su vida tras regresar de la colonia (como por ejemplo su trabajo como juez de primera instancia en Barcelona en los setenta), la obra da fechas concretas de su viaje: su salida, desde Cádiz, en octubre de 1860 (Muñoz y Gaviria, *Tres años* 8), su llegada a Fernando Poo el 30 de diciembre del mismo año (143), su partida, vía Gabón, en mayo de 1864 y su desembarco en España dos meses después (268).
- 4 Como estudia Inés Plasencia, Muñoz y Gaviria sería, junto al comandante de artillería Teodosio Noeli, el primer fotógrafo de la isla (141-42). Estas fotografías fueron recogidas en un álbum que Muñoz y Gaviria entregó a Isabel II y que, según Plasencia, constituye una especie de informe visual para la administración sobre el estado de la colonia y sobre los líderes locales que habían aceptado la soberanía española (156).
- 5 Como sostiene Juan Aranzadi, la dictadura franquista impuso una férrea censura sobre las noticias de la Guinea Española para ocultar a los ciudadanos metropolitanos que el régimen se había visto forzado a organizar en la colonia

un referéndum impensable en España (59). Con el fin de la dictadura, la visibilidad de la antigua colonia no incrementó significativamente ya que el pacto de silencio de la Transición postergó la revisión del pasado colonial y también porque los sucesivos gobiernos españoles han intentado correr un velo sobre las relaciones que la España democrática mantiene con la dictadura de Teodoro Obiang.

- 6 En octubre de 1777, España firmó el Tratado de San Ildefonso con Portugal para evitar beligerancias en un momento en que España estaba a punto de entrar en conflicto con Gran Bretaña por la intervención española a favor de la independencia de Estados Unidos. En este tratado se solucionaba la tensión fronteriza con Portugal en el virreinato de la Plata, intercambiando algunos territorios en esta región. La cesión de las islas de Guinea en 1778 venía a ratificar este primer tratado.
- 7 Aunque no hubo ningún establecimiento en la región, se realizaron dos pequeñas expediciones: la de Marcelino Andrés en 1831 y las de José de Moros Morellón en 1836, 1838 y 1839.
- 8 En 1845 se organizó una pequeña expedición bajo el mando del cónsul Adolfo Guillemar de Aragón y el capitán Nicolás de Manterola, mientras que, en 1856, el padre Miguel Martínez y Sanz lideró una misión de corta duración. Ambas encontraron dificultades para enfrentarse a las enfermedades tropicales y competir, dados sus limitados medios, con la continua presencia británica en la isla.
- 9 A partir de 1880 aumenta la producción del cacao, se asientan varias compañías españolas y se mejoran las comunicaciones con la península con el establecimiento de líneas regulares como la de la Transatlántica de Barcelona (1887). La llegada de los claretianos a los Territorios Españoles del Golfo de Guinea en 1883 también constituirá un sólido espaldarazo para el desarrollo colonial. Asimismo, la carrera europea en África durante las dos últimas décadas estimulará el interés español por el continente.
- 10 Entre otra bibliografía sobre este tema, véase el volumen editado de Peter Bakewell sobre las minas de oro y plata en las Américas.
- 11 Véase el artículo de Gervase Clarence-Smith sobre el crucial rol del abastecimiento de la Guinea Española durante la guerra civil española y el primer franquismo. Durante varias décadas, todo el chocolate que se consumía en la metrópolis procedía de la Guinea española, y tras la Guerra Civil, casi toda la madera en bruto y tres cuartas partes del café se traerían de allí (Clarence-Smith 315).
- 12 Sin embargo, la abolición de la esclavitud no se produjo hasta 1873 en Puerto Rico y 1886 en Cuba.

- 13 Como nota Martino, los emancipados eran hombres capturados en el estuario del Congo a los que se les había ofrecido poco después de su llegada a Cuba emigrar a Fernando Poo de manera “espontánea y voluntaria” (39).

#### OBRAS CITADAS

- ALONSO, CECILIO. “Las revistas de actualidad germen de la crónica literaria. Algunas calas en la evolución de un género periodístico entre 1845 y 1868.” *Anales de Literatura Española* 25 (2013): 45-67.
- ARANZADI, JUAN. “La herencia franquista en las relaciones culturales entre España y Guinea Ecuatorial.” *Debats* 123 (2014): 58-71.
- ARBAIZA, DIANA. *The Spirit of Hispanism: Commerce, Culture and Identity across the Atlantic, 1875-1936*. Notre Dame: U of Notre Dame P, 2020.
- . “Valores fluctuantes: Crédito, consumo e identidad nacional en *Lo prohibido* de Galdós.” *Decimonónica* 11.1 (2014): 1-13.
- BAKEWELL, PETER, ED. *Mines of Silver and Gold in the Americas*. London: Routledge, 1997.
- BECKMAN, ERICKA. *Capital Fictions: The Literature of Latin America’s Export Age*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2012.
- BELLO, ANDRÉS. *Silva a la agricultura de la zona tórrida*. Caracas: Banco Mercantil y Agrícola, 1976.
- BRANTLINGER, PATRICK. *Fictions of State: Culture and Credit in Britain, 1694-1994*. Ithaca: Cornell UP, 1996.
- BURNER, LISA. “Tales of Incan Gold in an Era of Guano: Juana Manuela Gorriti’s Precious Metal Melodramas.” *Hispanic Review* 86.3 (2018): 353-76.
- BURTON, RICHARD FRANCIS. *Wanderings in West Africa: From Liverpool to Fernando Po*. Vol. 2. London: Tinsley, 1863.
- CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid: Cátedra, 2005.
- CASTRO, MARIANO DE, Y DONATO NDONGO. *España en Guinea. Construcción del desencuentro: 1778-1968*. Madrid: Sequitur, 1998.
- CLARENCE-SMITH, GERVAISE. “The Impact of the Spanish Civil War and the Second World War on Portuguese and Spanish Africa.” *Journal of African History* 26.4 (1985): 309-26.
- DÍAZ MATARRANZ, JUAN JOSÉ. *De la trata de negros al cultivo del cacao. Evolución del modelo colonial español en Guinea Ecuatorial de 1778 a 1914*. Barcelona: Ceiba, 2005.
- FERNÁNDEZ MORENO, NURIA. “Discursos coloniales y resistencias nativas.” *Tras las huellas del colonialismo español en Marruecos y Guinea Ecuatorial*. Ed. Yolanda Aixelà Cabré. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2015. 61-87.

- GARCÍA CANTÚS, MARÍA DOLORES. *Fernando Poo: Una aventura colonial española en el África occidental, 1778-1900*. Diss. Universitat de València, 2003.
- GUILLEMAR DE ARAGON, ADOLFO. *Opúsculo sobre la colonización de Fernando Póo*. Madrid: Imprenta Nacional, 1852.
- LOWE, LISA. *The Intimacies of Four Continents*. Durham: Duke UP, 2015.
- MARTÍNEZ MARTÍN, JESÚS A. *Vivir de la pluma: La profesionalización del escritor, 1836-1936*. Madrid: Marcial Pons, 2013.
- MARTÍNEZ Y SANZ, MIGUEL. *Breves apuntes sobre la isla de Fernando Poo en el golfo de Guinea*. Madrid: Sial, 2014.
- MARTINO, ENRIQUE. *Touts: Recruiting Indentured Labor in the Gulf of Guinea*. Berlin: De Gruyter, 2022.
- MARX, KARL. *Capital: A Critique of Political Economy*. Vol I. London: Penguin Classics, 1982.
- MINTZ, SIDNEY W. *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*. London: Penguin, 1986.
- . "Time, Sugar, and Sweetness." *Marxist Perspectives* 2.4 (1979): 56-73.
- MUÑOZ Y GAVIRIA, JOSÉ. *África. Islas de Fernando Póo, Corisco y Annobón. Crónica general de España*. Madrid: Grilo y Vittori, 1871.
- . *Tres años en Fernando Póo. Viaje a África*. Madrid: Urbano Manini, 1871.
- . "Viaje al África central y a la isla de Fernando Póo." *El Museo Universal* 11 sept. 1864: s. pag.
- NAVARRO, JOAQUÍN J. *Apuntes sobre el estado de la costa occidental de África y principalmente de las posesiones españolas en el golfo de Guinea*. Madrid: Imprenta Nacional, 1859.
- ORTIZ, FERNANDO. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Madrid: Cátedra, 2002.
- PLASENCIA, INÉS. *Imagen y ciudadanía en Guinea Ecuatorial (1861-1937): Del encuentro fotográfico al orden colonial*. Diss. Universidad Autónoma de Madrid, 2017.
- POCOCK, J. G. A. *Virtue, Commerce and History: Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*. Cambridge: Cambridge UP, 1985.
- SCHMIDT-NOWARA, CHRISTOPHER. *Empire and Antislavery: Spain, Cuba, and Puerto Rico, 1833-1874*. Pittsburgh: U of Pittsburgh P, 1999.
- SHELL, MARC. *Money, Language, and Thought: Literary and Philosophic Economies from the Medieval to the Modern Era*. Baltimore: Johns Hopkins UP, 1993.
- SPURR, DAVID. *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*. Durham: Duke UP, 1993.
- STOLER, ANN LAURA. *Along the Archival Grain: Epistemic Anxieties and Colonial Common Sense*. Princeton: Princeton UP, 2008.
- SUNDIATA, IBRAHIM K. *From Slaving to Neoslavery: The Bight of Biafra and Fernando Po in the Era of Abolition, 1827-1930*. Madison: U of Wisconsin P, 1996.

- SURWILLO, LISA. *Monsters by Trade: Slave Traffickers in Modern Spanish Literature and Culture*. Stanford: Stanford UP, 2014.
- TAYLOR, CHRISTOPHER. *Empire of Neglect: The West Indies in the Wake of British Liberalism*. Durham: Duke UP, 2018.
- THOMAS, HUGH. *The Slave Trade: The Story of the Atlantic Slave Trade, 1440-1870*. New York: Simon, 1999.
- TOPIK, STEVEN C., Y ALLEN WELLS, EDS. *The Second Conquest of Latin America: Coffee, Henequen, and Oil during the Export Boom, 1850-1930*. Austin: U of Texas P, 1998.
- USERA Y ALARCÓN, JERÓNIMO M. *Memoria de la isla de Fernando Poo*. Madrid: Aguado, 1848.